

me cambiar dos palabras con este hombre...  
¿Quién eres?

—Bien os he reconocido yo, capitán... Soy Carrigue.

—¡Tú, Carrigue!... Ven mañana á palacio... Ya no te separarás de mí. Entretanto, quiero que, pues yo soy feliz esta noche, lo seas tú. Toma.

Y entregó su bolsa al veterano. Este la rehusó noblemente, y con una mirada en la que resplandecían admiración, respeto y cariño, dijo:

—No; sólo vuestra mano, mi capitán, y tened mucho cuidado esta noche. Os están armando una emboscada.

—Señora—dijo Lagardère, continuando su marcha—este hombre fué un valiente, y yo lo tuve á mis órdenes cuando vos os dignásteis convertir en un hombre de corazón á un oficial frívolo, poniendo una niña en sus brazos.

Carrigue, el antiguo sargento de caballería ligera, había sorprendido parte de la conversación entre Gonzaga y el otro mendigo, y se apresuró á poner sobre aviso á su ex-capitán. También él velaba.

## VII

**El fin de la ceremonia.**

Los cuatro novios cuya unión había de bendecir el sacerdote, hallábanse arrodillados en almohadones de terciopelo en medio del coro, y al otro lado de la verja que dividía la nave oraban en sus reclinatorios madame de Nevers y Melania Liebault.

De pronto llegó de la calle rumor de voces, de rodar de carrozas y de pisadas de caballos, y oyóse exclamar á la multitud:

—¡Los mosqueteros!... ¡Los mosqueteros!

La muchedumbre era tan compacta, tan grande el número de carruajes y el cortejo tan largo, que adelantaba con trabajo. El pueblo de París no se esperaba tan magnífica afluencia, y cuando el heraldo hubo lanzado el grito acostumbrado de: «¡El Rey, señores! ¡Paso al Rey!», la multitud se apretó y estrujó para ver bajar al adolescente Monarca, á quien acompañaban el duque de Orleans, el duque de Borbón, el cardenal Fleury y numeroso séquito de príncipes y princesas, saludándole con un clamor de alegría:

—¡Viva el Rey!

Luis XV se ufanaba con aquellas ovacio-

nes á su juvenil persona y saludaba amablemente, lo que entusiasmaba más y más á aquel pueblo, que llegó á figurarse que con su advenimiento al trono iba á iniciarse una era de ventura y prosperidad para Francia y que había de llamarle el «Muy amado.»

El clero parroquial estaba en el atrio aguardándole. Salió el párroco con cruz alzada, lanzáronse las campanas á vuelo y el Monarca entró en la iglesia con la solemnidad de ritual.

Tras él penetró, en brillante séquito, el ilustre cortejo de los que tenían, más ó menos, en sus manos el porvenir de Francia: los ministros, los jefes supremos del Parlamento, del Ejército y de la Armada; las más altas personalidades jerárquicas del clero secular y regular y de la Magistratura; los grandes maestros y los caballeros de las órdenes militares con sus magníficos uniformes; el cuerpo colegiado de la nobleza; el Consejo de Estado en pleno, y todos cuantos representaban algo por su cuna, por sus méritos ó por el favoritismo, en el reino.

Á la derecha de los novios se había alzado el trono, con soberbio dosel de terciopelo blanco flordelisado para Luis XV, quien antes de sentarse saludó con amable sonrisa á Lagardère y sus acompañantes.

El clero entonó sus himnos sagrados, en-

vuélto casi por completo entre el humo perfumado del incienso, y el oficiante elevó sobre su cabeza encorvada, solemnemente, el admirable ostensor de oro y pedrerías.

Á una señal de Luis XV, un diácono llegóse á recoger la espada del Monarca, hoja delgada y frágil, con empuñadura de oro y piedras preciosas; arma de corte, de salón, pero no de combate. El clérigo la desenvainó, besóla y la depositó en el altar.

Entonces el párroco de Saint-Mongloire, anciano de cabellos blancos, de vida austera y de acendrada piedad, bendijo el acero regio, y luego, cogiéndolo con la mano izquierda, pasó por la hoja los cuatro anillos de Lagardère y Aurora, de Chaverny y de Cruz, uniendo en una nueva bendición el símbolo de la fuerza y de la lealtad del poder supremo con los símbolos del poder supremo del amor leal y fuerte.

Felipe de Orleans apadrinaba á los contrayentes, siendo la madrina la duquesa viuda de Nevers. Así, cuando el sacerdote oficiante presentó los anillos en una bandeja de oro, Lagardère cogió uno y lo ciñó al dedo de Aurora; Chaverny puso otro en la mano de doña Cruz; y el ex-Regente presentó los otros dos á la madrina para que ella propia los pusiera en las manos leales de los que tan valientemente defendieron su causa.

No eran esas las ceremonias habituales, pero Luis XV lo había dispuesto así. El cardenal Fleury le decía frecuentemente: «Lo que Vuestra Majestad quiere, Dios lo quiere», y usaba del pretendido acuerdo tácito con la voluntad del Todopoderoso.

Después de celebrado el casamiento, el Regente acompañó á Lagardère ante el reclinatorio del Rey, y éste entregó su espada al conde, trocándola por la suya, y se la ciñó al costado. Felipe de Orleans hizo lo mismo con Chaverny.

Ninguno de los asistentes ni aun los generales encanecidos en campaña y cuyas victorias habían dado gloria á Francia, hubiera soñado con tal honra para sí. El mismo Rey-Sol no había concedido á nadie tal honor. Y sin embargo, ninguno de aquellos ilustres varones, de cabezas encanecidas, pensó que Luis XV ultrapasaba sus derechos y los límites del favor, ni se creyeron rebajados por ello: Lagardère era Lagardère; no tuvo quien le aventajase ó le igualase; no tuvo precursores ni probablemente tendría sucesores... Lo que hacía Luis XV estaba bien hecho. Una sola persona estaba perpleja y confusa: el mismo interesado: el conde Enrique de Lagardère.

¿Qué hizo él para merecer tales honores? Simplemente cumplir su deber de caballero.

Lo que él juzgaba tan sencillo, otros lo juzgaban sublime. Si hubiera querido convencerse de ello, no habría tenido más que volver la cabeza hacia Aurora y su madre; ellas no creían exagerados esos honores; estaban satisfechas y ufanas, mas en modo alguno asombradas.

Y tampoco madame Liebault, cuyo rostro estaba irradiando satisfacción y que nunca había orado con más fervor que en aquellos momentos. Melania sentía por Lagardère una amistad leal que rayaba en el amor, amor puro y desinteresado, que no pedía nada, y que era capaz de todos los sacrificios por la felicidad de su amado.

Cuando Lagardère puso la sortija en la mano de la que ya era su esposa, Melania alzó la suya y besó otra que también procedía del conde, cerrando los ojos para vivir por un instante en su ensueño. Cuando los reabrió, no miró sólo con afecto á Enrique, sino también á la novia, á la que abrazó en Chartres llamándola *hermana*. Al salir de su ensimismamiento hallóse entre las hojas del libro de oraciones que había conservado abierto entre sus dedos un papel doblado como billete amoroso.

Su primer movimiento fué de indignación por la osadía de enviarle misivas galantes en el mismo templo, en la propia casa del Señor; pero no tardó en calmarse. Ninguna mujer

hermosa deja de sentirse halagada porque se lo digan, sobre todo si se lo dice un buen mozo; y había tantos nobles caballeros, jóvenes y arrogantes, del séquito del Rey, cerca de ella, que no dudó que la esquila fuese de alguno de ellos. Sin ser coqueta, no pudo menos de sonreír, y la curiosidad innata en las hijas de Eva le hizo desdoblarlo con disimulo y leerlo.

Pero su lectura, lejos de producirla satisfacción, la hizo palidecer. ¿Qué era? Casi nada; cinco ó seis líneas de escritura fina y apretada, desconocida para ella, y que decía lo siguiente:

«No me conocéis ni os importa saber quién soy. Como no ignoro que la vida del conde de Lagardère os es tan cara como la vuestra propia, en cuanto se hayan retirado el Rey y el Regente venid sola y lo más presto posible á la tumba de Felipe de Nevers, siguiendo el costado izquierdo de la iglesia. No vaciléis. *Le va la vida en ello.*»

¡Vacilar! ¿La creía capaz de ello el misterioso autor del escrito? Ni se le ocurrió que podía ser un lazo. Indudablemente el del anónimo era un amigo que, conociéndola y viéndose en la imposibilidad de abrirse paso hasta llegar á Lagardère para prevenirle personalmente, recurría á ella y le avisaba. ¿Cómo había penetrado aquel secreto de su amor que casi no osaba ella confesarse ni á sí misma...?

Fuera lo que fuere, la cuestión principal estaba bien clara. Algún peligro amenazaba al valiente caballero por quien ella sacrificaría cien vidas que tuviese.

—*¡Le va la vida!*—repetía emocionada la dama.—Sucedá lo que quiera, iré á la cita, aunque debiese pagar con mi vida la salvación del conde.

Estuvo un brasas el resto de la ceremonia, y cuando vió que Luis XV se levantaba, hacía una reverencia ante el altar mayor y saludaba con la mano á los recién casados, se deslizó por entre las apretadas filas de concurrentes, y milagro fué que pudiera llegar al pórtico antes que el Rey. Una vez allá, su cuerpo esbelto, dibujándose como sombra en el fondo luminoso de la nave, se detuvo un segundo para mirar entre la multitud si alguien por una seña ó una voz le indicaba ser la persona del anónimo. Pero, indudablemente, el que la aguardaba no estaba allí.

Mientras á toda prisa bajaba las gradas y se internaba entre la muchedumbre para acudir al lugar de la cita, con objeto de dar más fácil salida á los fieles, habían abierto una puerta lateral, junto á la cual hallábanse los dos diestros, Antonio Laho y Berrichón.

Passepoil, mujeriego impenitente, sin dejar de contemplar á su adorada Maturina, no

pudo menos de admirar muy detenidamente á Melania, á la cual profesaba un afecto muy semejante al que ella sentía por Lagardère, y al fijarse en la turbación de la esposa del preboste policial de Chartres, se dijo convencido:

—Algo grave la pasa. Habrá que velar por ella.

Y veló, sin dejar de atender á los nuevos esposos y á madame de Nevers. Con su lógica de normando taimado y astuto, no auguraba nada bueno de la ausencia de Gonzaga y los suyos; y un presentimiento, hijo de la desconfianza, haciale esperar algún incidente que turbara la feliz conclusión de la ceremonia. A vueltas con estas ideas, que le producían verdadera obsesión, observó la rápida salida de la buena señora y no dejó de fijarse en la viva inquietud de su lindo rostro.

Conjeturó que eran tales síntomas preludeos de graves sucesos, sin ocurrírsele por un instante que madame Liebault pudiera ser traidora y correr á avisar á Gonzaga; antes bien, firmemente persuadido de que se la tendía algún lazo. Así, al abrirse la puerta lateral recomendó á Laho que se quedara allí vigilante y que los fuese á buscar si ocurría algo, y arrastró consigo á Cocardasse y Berrichón.

—¡Vivo, vivo!—exclamó.—Sigamos á madame Liebault.

Como aquella puerta estaba situada opuestamente á la por la que había salido Melania, se precipitaron con la cabeza baja para hender la apiñada muchedumbre y dar vuelta á la iglesia para pasar ante el pórtico y seguir á la dama.

Su Majestad llegaba á lo alto de los escalones con el duque de Orleans, y ambos se detuvieron al ver pasar á aquellos tres hombres á toda velocidad.

—¿Se caza de noche?—preguntó Luis XV que estaba de buen humor.

—No lo sé, señor—respondió el príncipe frunciendo el ceño.—Pero me parece haber reconocido por lo menos uno de los dos diestros tan fieles á Lagardère.

La multitud de grandes señores y nobles damas evacuaba lentamente el templo. El Conde y el Marqués estaban de pie cerca de sus mujeres, esperando el momento propicio para darlas el brazo y conducir las á la carroza, en cuanto Luis XV hubiera subido á la suya. El júbilo más indescriptible inundaba el alma de los cuatro recién casados y rebosaba en sus rostros hermosos y leales. Era la realización de sus sueños más caros.

Sin embargo, una sombra atravesaba el pensamiento de Lagardère. Gonzaga le había prohibido unir su destino á la hija de Nevers, y la unión habíase consumado á la faz de todos,

y si no en presencia también del príncipe, fué porque éste no había osado asistir á la ceremonia... Una sonrisa de desdén frunció los labios del conde al recordar las vanas amenazas de su irreconciliable y pérfido cuanto desleal enemigo.

Tocó en el hombro á su esposa que se levantó prontamente y se colgó radiante y feliz de su brazo, y seguidos de Chaverny y Cruz, atravesaron la nave para salir de la iglesia.

Cuál no fué su sorpresa al ver detenidos en el atrio al Rey y al Regente. ¿Qué podía haber sucedido para que Su Majestad y Su Alteza no ocuparan ya la regia carroza?...

No tardó mucho en saber algo, pues en cuanto Felipe de Orleans le distinguió, dió un paso hacia él:

—Aguardad—dijo á los recién casados.— Algo grave ocurre en los alrededores; voy á enviar guardias.

En aquel momento, un mendigo, el mismo que deslizó el billete que conocemos en el libro de oraciones de madame Liebault, trató de acercarse al Conde, pero no pudo llegar, porque al oír las palabras del duque de Orleans, se agruparon en torno suyo sus amigos. Entonces el pordiosero maniobró en otro sentido y pudo, alargando el brazo, entregar un billete en la mano de Aurora.

Al sentir el contacto la condesa de Lagardère volvióse bruscamente; pero ya no distinguió al mensajero, y en su consecuencia tendió el papel á su marido, cuya mirada se inflamó al leer las pocas líneas del billete. Como todos los semblantes, incluso el de Su Majestad, le interrogaban, el Conde, temblándole de cólera la voz, leyó alto:

«Lagardère: ha llegado la hora. Cuando llegue á tus manos esta esquela, habré hecho una víctima entre los tuyos... No es culpa mía si principio por las mujeres... Dentro de un segundo, será demasiado tarde para salvar á madame Melania Liebault.—Firmado,

GONZAGA.»

## VIII

### ¡Después de los criados, el amo!

Lagardère escuchaba con ansiedad; los que le rodeaban enmudecieron anhelantes, respirando admiración y temor todos los pechos, al ver la palidez intensa del Conde, en cuyos ojos se veían los relámpagos reveladores de la tempestad que rugía en él.

Un grito de angustia, desgarrador, lúgubre,